



¿Hacia una religión secularizada?

Todo el mundo habla de secularización y de mundo secularizado.

Realmente, el proceso de estos últimos siglos en la estructura de las sociedades humanas y el desarrollo del mundo científico-técnico se ha desvinculado de lo religioso; y la gran experiencia del hombre moderno y contemporáneo es que todo ello se basta a sí mismo sin necesitar ya la apoyatura dominadora, o en el mejor de los casos paternal, de las religiones.

Contra lo que algunos piensan, este proceso de autonomía y autosuficiencia no es propiamente una rebeldía, sino una nueva experiencia positiva en la historia del hombre que, por primera vez, empieza a adquirir su «mayoría de edad». El infantilismo en las actitudes de los hombres —que el marxismo llamó con precisión técnica «alienación»— está comenzando a pasar a la historia.

El hombre se sabe fundamentalmente dependiente de sí mismo para obtener un mundo más justo y más humano, en el que una auténtica paz y una sincera convivencia cooperadora sean los módulos que estructuran la sociedad del porvenir, y no la lucha despiadada entre los hombres por medio de la guerra física o de la guerra económica.

El primer paso hacia esta situación nueva se da en el siglo XV, cuando el Cardenal Nicolás de Cusa desmonta el concepto de religión única y dominadora, totalmente en consonancia, en su postura, con los descubrimientos que ahora estamos haciendo acerca de lo que supone el cristianismo en la historia de las religiones.

Si el cristianismo es una vida, y no propiamente una nueva religión semejante a las que han existido en el mundo antes de vivir Jesús, entonces el papel que juega la revelación cristiana tiene que ser diferente al papel que pretenden tener todas las religiones humanas.

«Jesús no trajo una nueva religión, sino... vida justa, sana, henchida de la alegría en Dios», dice con razón el teólogo Moltmann. (Dios hoy, ¿problema o misterio? Ed. Sígueme.) Algunos todavía presentan equivocadamente al fundador del cristianismo como un maestro de moral, o como el fundador de una nueva religión; pero se equivocan, como digo, totalmente al plantear la novedad del cristianismo en esos planos. El cristianismo es vida, sentido de la vida; pero no es una religión más, en competencia con las otras religiones.

Si los creyentes estamos, convencidos de que el Evangelio es para todos los tiempos, el problema que ahora se nos plantea a todos es saber cuál es el papel que le corresponderá al cristianismo en este nuevo mundo que emerge.

Si hasta ahora el mundo estaba lleno de religiones humanas, y el cristianismo tenía como misión vivificar lo que de positivo podían tener todas ellas, aceptando sus costumbres y su cultura —aunque desgraciadamente esto apenas se cumplió—, ahora tendremos que pensar que, ante la nueva cultura secular que se avecina, el cristianismo debe tener una respuesta para la nueva actitud del hombre del porvenir.

El Cardenal Nicolás de Cusa es quien, hace cinco siglos, dio el primer paso, afirmando que el único Dios verdadero, que es el absoluto presente en todo, «se refleja en muchas religiones: todas son valiosas, y ninguna de ellas debe ser preseguida ni destruida; todas deben desenvolverse, pues todas son símbolos de la religión absoluta. Sólo hay una religión en la diversidad de los ritos... Y el fin supremo del cristianismo se cumpliría si pudiera persuadir a las otras religiones que es posible la unión de todas bajo la inspiración del propio cristianismo». (J. Fischl, *Manual de Historia de la Filosofía*. Ed. Herder.)

Eso que tan inteligentemente aplicó este liberal príncipe de la Iglesia es lo que hoy tenemos todos que pensar seriamente para aplicarlo a un mundo en donde lo específicamente religioso está disminuyendo a pasos agigantados. Sin duda, los ensayos serán dificultosos y el camino lleno de vacilaciones, hasta llegar

a acertar; pero la dificultad no puede ser nunca jamás rémora o freno para los verdaderamente creyentes. Todos tenemos la necesidad de dar una respuesta sincera y auténtica a este nuevo problema. El cristianismo, cuya misión fue dar un sentido elevado y abierto a las religiones humanas, ¿podrá darlo a este mundo «mayor de edad» que ahora comienza?

Tenemos un precedente: el de los primeros cristianos. El de los creyentes que vivieron durante los dos o tres primeros siglos después de la muerte de Jesucristo.

Recordemos por un momento la descripción que hacía un escritor cristiano de esos primeros siglos, del género de vida que llevaban los creyentes de entonces: «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás... ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un sentido peculiar en su conducta que es admirable por confesión de todos... Para decirlo brevemente: lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo». (Carta a Diogneto.)

Y el Papa Pío XII, en su época de apertura cultural, citaba con aprobación este género de vida espontánea que tenían los creyentes, tal y como lo describe Tertuliano en su «Apología 42»: «La vida de los cristianos se desarrollaba en medio de las calles y de las casas, al aire libre. No vivían apartados del mundo. Asistían, como los demás, al foro, al baño, a las oficinas, a las tiendas, a los mercados, a las plazas públicas; y ejercían las profesiones de marineros, soldados, agricultores y comerciantes». (Pío XII, «Discurso 8 de diciembre de 1947».)

Los cristianos de aquella lejana y olvidada época —tan parecida a la nuestra en algunos aspectos— se hacían —por decirlo con posturas que son nuestras— «hippies» con los «hippies», e inconformistas con los inconformistas; pero no adoptaban esta actitud por oportunismo ni por moda, sino simplemente vivían a fondo los problemas de su tiempo y reaccionaban como cualquier otra persona, si bien daban una especial profundidad y apertura constructiva a estas costumbres espontáneas de su tiempo.

No hacían figura ni de puritanos ni de mojigatos, porque el simple detalle de decir Tertuliano, sin criticarlo, que asistían a los baños públicos, revela que el concepto del desnudo era entonces bastante menos morboso y malicioso que lo ha sido para muchos creyentes, y sigue siéndolo todavía en buena parte. Basta para ello recordar que estos baños se hacían en plena desnudez.

Yo no propugno, ni nadie puede pretender propugnarlo, que exista, por parte de los creyentes, una aceptación de la disolución de los valores humanos, que en el terreno económico, sexual o cultural vemos muchas veces en nuestra decadente civilización occidental. Pero la aceptación espontánea y sin prejuicios de ciertas costumbres y actitudes, que son evidentemente más sinceras y auténticas, más socializadas y más respetuosas con la libertad personal, es absolutamente imprescindible, si de verdad comprendemos y vivimos los nuevos valores humanos que empiezan a delinarse —si bien sea de una manera confusa— en el nuevo hombre y en la nueva mujer que están surgiendo de las contradicciones inhumanas de la sociedad capitalista-egoísta que habíamos vivido hasta ahora como el colmo del desarrollo de nuestra civilización occidental.

Ante todo esto, surge de nuevo la pregunta que se hacen no sólo los creyentes, sino también aquellos que no creen: ¿vamos hacia una religión secularizada?, ¿el cristianismo tiene sentido positivo para el mundo que se avecina? Preguntas a las que intentaré contestar, con la máxima sinceridad, en algún próximo artículo.